

en cuya cumbre hay un aguaje permanente; la Pitahayita, el extenso Chichibubuaje y el Gallo.

Al Oeste del Gallo y frente á él, está situado el destacamento de Agua Caliente junto á un manantial de aguas termales alcalinas: los edificios y torreones de adobe de este campamento han sido, como los de todos los campamentos de la Sierra, construídos por las fuerzas federales en los cortos intervalos que las peripecias de la campaña les dejaban libres para su descanso. Este hecho no necesita comentarios.

Entre el Gallo y el Chichibubuaje está el Puerto del Bacatete, en el que existe una tinaja con agua permanente. Para llegar á esta tinaja tuve que echar pie á tierra y llevar de la brida mi caballo; tan escabroso y difícil es el camino, y el aguaje está rodeado de cerros tan altos é inaccesibles, que unos cuantos indios situados en las alturas podrían hacer horribles estragos en un batallón antes de que hubiera tiempo para desalojarlos de sus posiciones. Por desgracia son muchos los parajes como este que existen en la Sierra.

Siguen después del Gallo: el Simopobampo, el Zamahuaca (aguaje), el Agua Verde, Chunanove, Severe, Toslimaya, Guamare, Torocopobampo, Dolorescahue, Chichiquelite y los cerros de La Cendrada, tras los cuales se ve la cumbre del Libacatacate.

Después, Los Algodones y Las Ventanas, lugar muy transitado por los indios, y del cual rumbo al Sur continúa la sierra en dirección al Río Yaqui.

De Las Ventanas, y al Sureste de Agua Caliente, están el Cerro de la Conrada y el Puerto del Tosco: al Este, el Cerro de la Calavera, Los Tres Hermanos y el Carrizo, tras el cual está el picacho del Zorrillo, y por fin, al Noreste, Cerro Prieto.

Entre El Reparó, que forma la extremidad de una de las ramas de la herradura, y Cerro Prieto, que forma la extremidad de la otra, el Valle de Agua Caliente se extiende todavía como unas diez leguas en la dirección de Lista Blanca, Tuquison y San Marcial.

Tiene la Sierra del Yaqui, en su mayor anchura, unas quince leguas: por ella pueden los indios, recorriéndola longitudinalmente, llegar hasta los terrenos del Río; tienen al Este de ella, el Valle de Agua Caliente; al Oeste, el Valle de Guaymas, y en seguida, siempre hacia el Oeste, la Sierra de Santa Úrsula, en la que también pueden refugiarse cuando se ven perseguidos en esa dirección.

Por ser de vital importancia para todo el que viaja por la Sierra Yaqui, generalmente designada con el nombre de Sierra del Bacatete, el conocimiento de los sitios en donde se encuentra agua, he publicado la siguiente lista que contiene los nombres de los principales aguajes:

Abastahuaca.	Bátachi.	Chicuras.
Agua Alta.	Bachata.	Chinipove.
Agua Caliente.	Bejoribampo.	Chunancote.
Agua de los Ladrones.	Bejulibampo.	Chunanove.
Agua Verde.	Bronces.	Los Cueros.
Agua de la Virgen.	Buare.	Las Cuevas ó Agua de en medio.
Aguaje Juchuctia.	Buatachive.	Cañón del Alamo.
Algodones.	Las Burras.	Curúas.
Arenas.	Los Bules.	Huájare.
Bacatete.	Campo de Triana ó Baácu.	Huapare.
Bacatetito.	Cinco de Mayo.	Huaquesi.
Baccetaboca.	Chicuri.	Huehueyoca.
Los Bancos.	Chichiquelite de Flores Her-	Higueras.
La Barrigona.	mosas.	

Huichori.	Mazocoba.	Samahuaca.
Huichorito.	Palomas.	Saúz.
Huisahueja.	Las Palomas.	Sibapobampo.
Huitavive.	Piedra Escrita.	Tetacombiate.
Ilibacatacate.	Pescaditos.	Tinaja Alta.
Jeohuibampo.	Los Pilares.	Tinaja de Puerto del Bacatete.
Los Josos.	Pitahayita.	Torocopobampo.
Mazampo.	Salsipuedes.	

En resumen:

1.º Una elevada y escabrosa sierra de más de 30 leguas de largo, por 15 de ancho, naturalmente fortificada en todas sus alturas, provista de aguajes permanentes y temporales en toda su extensión, surcada por innumerables y profundas cañadas é intransitables bosques, y circunscribiendo un valle de trescientas leguas cuadradas, poblado también por espesos bosques, en los que pacen ganados de todas clases y en los que se encuentra una gran variedad de vegetales alimenticios y caza en abundancia.

2.º Una extensa y fértil comarca regada por las aguas del caudaloso Yaqui, en cuyas márgenes están los ocho principales pueblos de la rebelde tribu: Cócorit, Bacum, Torin, Vícam, Pótam, La Isla, El Médano y Raun; todos estos cerca del río, y á distancia de él: Huírivis, Belem y La Pitahaya. Además, el territorio regado por el Mayo, con los pueblos de Camoa, Técia, Navojoa, Cuirimpo, San Pedro, Echojoa y Santa Cruz situados en sus riberas; pueblos éstos últimos que por fortuna hace ya mucho tiempo permanecen pacíficos y cuyos habitantes, los Mayos, se han definitivamente sometido á la autoridad del Gobierno.

Esta dilatada comarca está cubierta en la mayor parte de su extensión por bosques casi impenetrables, en los que es imposible hacer la guerra sin exponerse al peligro de caer á cada paso en las temibles emboscadas de los alevosos Yaquis, que pueden entrar y salir de ella por la extremidad oriental de la sierra ya descrita.

3.º Al Sur de esta sierra, otro gran valle, el de Guaymas; y más allá un nuevo refugio, las montañas de Santa Úrsula.

Total: Más de tres mil kilómetros cuadrados de bosque y de montaña: por todas partes ranchos, haciendas, pueblos y minerales, en los que los Yaquis encuentran siempre benévola acogida, recursos, parientes y trabajo, y en los que desde el momento en que allí llegan, quedan á salvo de las persecuciones de la tropa.

Veamos ahora cuáles son las condiciones en que lucha nuestro ejército.

Desde luego, un clima semitropical, cuya temperatura media á la sombra en el verano es de 105 á 108 F., lo que hace casi imposibles las marchas aun de la caballería, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde: después un terreno casi intransitable por la gran cantidad de chollas y cactus espinosísimos que desgarran las ropas y la piel de los soldados y entorpecen ó impiden las maniobras: una escasez completa de alimentos, pues los federales por ningún motivo pueden disponer del ganado que encuentran á su paso, y tienen que llevar consigo desde la pastura para los caballos hasta la carne para los soldados; un peligro constante de ser asesinados á mansalva y á cada instante de su marcha, pues la configuración del terreno, la espesura de las selvas, lo inaccesible de las montañas y lo estrecho de los caminos y veredas los llevan siempre á merced de los rebeldes, que expían sus movimientos desde las alturas, se ponen al acecho en los puntos más estratégicos y esperan el paso de las tropas, disparando traidoramente sobre ellas y emprendiendo en seguida la fuga por lo más intrincado de la selva ó lo más abrupto de la montaña.

Si á esto se agrega la falta de comunicaciones telegráficas, que tan útiles serían para dar á conocer oportunamente á las columnas en movimiento sobre el campo de operaciones, las noticias adquiridas en todo lo relativo al enemigo, se comprenderán las inmensas dificultades de una persecución en tales condiciones.

Al tocar este punto, creo cumplir un deber tributando un elogio merecido á los pundonorosos y valientes soldados que desempeñan el servicio de correos entre los campamentos de la Zona.

Una simple pareja, formada por un Cabo y un soldado, á lo más por algún sargento y dos ó tres soldados, recorre á galope seis, ocho, y hasta diez y doce leguas para llevar de uno á otro campamento la correspondencia, los mensajes y las comunicaciones.

Estos héroes desconocidos, humildes y abnegados servidores de la Nación, atraviesan los pasos más difíciles y peligrosos con la serenidad del que emprende un viaje de recreo; y de día ó de noche, con lluvia, sol ó frío, se batan con los indios que frecuentemente los asaltan en el bosque, y al llegar al lugar de su destino entregan los pliegos de que son portadores, dando cuenta de lo sucedido con la modesta naturalidad del que ha desempeñado una comisión sin importancia.

¡Cuántos, pensé, en una oscura y fría noche de Diciembre, al ver á una pareja de correos cruzar como fantasmas el pavoroso bosque del Paroscahue, cuántos de estos mártires de la disciplina y del deber han sucumbido á las traidoras balas del oculto enemigo, sin abrigar siquiera la esperanza de que algún compatriota agradecido venga á depositar un triste ramo de siempreviva sobre el estéril polvo de su tumba!

A la carencia de líneas telegráficas, hay que agregar la falta de guías inteligentes, pues son muy pocos los individuos que conocen la sierra y es sumamente peligroso aventurarse en una persecución sin saber de antemano la exacta situación de los agujeros permanentes y la fecha en que se agotan los temporales.

Otro de los principales escollos con que tropiezan los jefes militares es el siguiente: no pueden diseminar sus tropas en el bosque, y tienen que conducirlos en columnas ó en grupos, pues de lo contrario serían perdidos; en tanto que los indios, cuando se ven seguidos muy de cerca, se desbandan, y con llegar al rancho más inmediato, esconder su carabina é incorporarse á una cuadrilla de trabajadores, que todos son Yaquis, están completamente á salvo; pues aun cuando se logre seguirlos por la huella hasta los jacales del rancho, no se puede aprehenderlos, porque los hacendados y rancheros, ya sea por temor á una venganza, ó bien por conveniencia, declaran que todos sus trabajadores son indios pacíficos y que hace mucho tiempo están á su servicio.

Esto no impide que cuando los ingratos y pérfidos Yaquis cometen algún robo ó asesinan á sus amos, ó á sus mayordomos, á los que profesan implacable odio como á todos los Yoris, los demás hacendados pongan el grito en el cielo, clamando contra la incompetencia del Ejército y pregonando que carecen de garantías.

Tamaño inconsecuencia apenas es creíble, pero es cierta.

He ahí á nuestros soldados marchando bajo un sol que los abrasa, con los pies destrozados por las chollas, sedientos, fatigados, desgarrado el vestido por las zarzas, escasos de alimentos y rodeados de peligros, sabiendo que cada uno de sus pasos lo lleva hacia la muerte, y á pesar de todo esto, resignados y constantemente dispuestos á exponer su vida en aras del bienestar y de la tranquilidad de sus compatriotas.

En cambio, hay sonorenses, que en recompensa de tanta abnegación, los declaran ladrones y vagos inservibles, los miran con desprecio, y al hablar de los soldados de la República, tan sólo los designa con el apodo de Pelones,



GENERAL DE DIVISION BERNARDO REYES

SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA

El pueblo de Sonora es un honrado pueblo compuesto en su mayor parte de labradores independientes y patriotas; debe al Ejército la pacificación de la belicosa tribu Yaqui y la tranquilidad de que disfruta, y no puedo explicarme la marcada antipatía que tiene por los soldados de su patria.

Soy el primero en confesar que el Ejército Nacional adolece de graves defectos, y basta el actual sistema de reclutamiento para explicarlos; pero sería por demás injusto exigir á una nación tan jóven como la nuestra y que apenas ha dado los primeros pasos en el camino de la civilización y del progreso, un ejército tan correcto y disciplinado como los de las antiguas y poderosas naciones del Viejo Mundo.

Nuestro soldado es sobrio como el Arabe, infatigable como el indio, valiente como el Boero: se bate con el entusiasmo de un fanático, y muere con la resignación de un mártir; es fiel á su bandera y obediente y sumiso con sus jefes.

Ante estas cualidades, creo que son disculpables sus defectos.

Ya, por fortuna, se inicia una era de positivo adelanto en la organización de nuestro ejército, y abrigo la convicción de que en muy breve tiempo estará á la altura de los mejores del mundo, si no por el número, si por la ilustración de sus jefes y por el valor y disciplina de sus soldados.

El territorio Yaqui pertenece á la 1.^a Zona Militar, cuyo mando efectivo han tenido por orden de sucesión los Generales siguientes:

General de Brigada, D. José Guillermo Carbó,	nombrado en 22 de Octubre de 1881.
„ „ D. Angel Martínez	„ en 24 de Noviembre de 1885.
„ „ D. Julio M. Cervantes	„ en 26 de Noviembre de 1888.
„ „ D. Marcos Carrillo	„ en 15 de Febrero de 1890.
„ „ D. Abraham Bandala	„ en 23 de Febrero de 1892.
„ „ D. Luis E. Torres	„ en 6 de Diciembre de 1893.

Algunos ameritados jefes han tenido el mando accidental de esta Zona: varios de los correctos y disciplinados batallones y regimientos de nuestro ejército y diversos cuerpos de Guardia Nacional organizados en el Estado de Sonora, han tomado parte en esta dura y dilatada campaña; muchos se han distinguido allí por su valor y su constancia, y casi todos han cumplido con su deber.

Por desgracia, los éxitos obtenidos no han, en modo alguno, correspondido á los sacrificios consumados, pues si bien es verdad que el Gobierno mexicano ha logrado someter la rebelde tribu, imponiéndole su soberanía por medio de las armas, también lo es que el indomable Yaqui reducido, hoy por hoy, á la impotencia, guarda en su corazón el odio inextinguible que á los *blancos* profesa, y devora en silencio las lágrimas de su ira y su despecho, esperando el momento propicio para saltar de nuevo á la contienda y vengar las derrotas sufridas, con la sangre de la primera víctima que la ocasión ponga en sus manos.

Los hábitos, instintos y caracteres adquiridos por hereucía, perpetuados por atavismo y exacerbados por el ejemplo y por la lucha, no se pierden en una raza, sea cual fuere, sino con el trascurso de los siglos, el cambio de medio, la mezcla de castas, la asimilación de las costumbres y el irresistible poder de la educación.

Ya el generoso Presidente, Gral. Porfirio Díaz, agotó cuantos medios humanos y clementes estaban á su alcance para obtener la sumisión de los traidores Yaquis, y á pesar de la negra ingratitud con que han correspondido á sus nobles esfuerzos, muy lejos de pensar en exterminarlos, trata de establecer escuelas especiales para ellos, escuelas en que aprendan á respetar las leyes de su patria y á cultivar la tierra en que nacieron.